

La confusión de las elecciones brasileñas

Danilo TRELLES

23/ agosto/86

Se ha lanzado ya en Brasil la campaña para las próximas elecciones del 15 de noviembre. Pero quien espere encontrar en ellas definiciones ideológicas o siquiera esquemas programáticos, sufrirá un amargo desencanto.

Varias razones influyen en este fenómeno. En primer lugar, la escasa formación política de los electores que es un factor tradicional producto de la estructuración institucional del país. La esclavitud sobrevivió por mucho más tiempo que en otros países aquejados del mismo mal. Y la abolición llegó con considerable retraso. Hasta hace poco tiempo los analfabetos y los indios tenían cancelados sus derechos cívicos.

La segunda razón radica en la pequeña trampa tendida a los electores en las fórmulas de la transición. Las funciones constituyentes, que deberán fijar las nuevas normas del Estado, será apenas una función más adjudicada a los nuevos órganos legislativos, con lo que se cambia la impostación de una elección conducida ahora a la estructuración de unas cámaras de Diputados y Senadores. No son entonces las condiciones de constituyentes de los candidatos lo que prima, sino el carisma político que cada uno asume según sus propias posibilidades.

Existen otros factores que influyen en este fenómeno de la escasa significación política de estas elecciones brasileñas. La oposición triunfante con Tancredo Neves representaba entonces la ilusión de un proceso de cambios exigido después de muchos años de ostracismo político bajo la dictadura militar. La desaparición del líder "mineiro" y el ascenso del vicepresidente José Sarney, ligado éste a un periodo funesto de la dictadura militar, significó un rudo cambio en los esquemas políticos en juego: convocatoria de una Asamblea Constituyente que limitase el periodo de la transición al estricto tiempo necesario para preparar las elecciones directas: La reivindicación defendida más fervorosamente por la oposición durante el último gobierno militar encabezado por Joao Figueiredo.

Sarney ha jugado sus cartas con suma habilidad. Tomando en sus manos algunas causas profundamente sentidas por las masas, como el freno a la especulación con la congelación de precios, —aunque al mismo tiempo haya congelado también los salarios con pérdida de su poder adquisitivo real— el presidente ha ganado popularidad en los últimos meses, relegando a un segundo plano la opción de elecciones directas, lo que seguramente le permitirá extender el plazo de su mandato hasta su expiración normal, escamoteándose así uno de los propósitos esenciales de la transición, que era la convocatoria de comicios regulares para la elección del nuevo presidente.

Curiosamente el triunfo de la oposición durante el periodo de la transición, ha provocado un proceso disgregador en el partido de gobierno, el PMDB. Al comenzar la liquidación del antiguo partido en el poder, el PDS (Partido Democrático Social) que era la continuación del antiguo ARENA, parecería como si el PMDB hubiera perdido estímulos para afirmarse como partido de sustentación del gobierno.

La virtual unanimidad nacional forjada en la campaña por las elecciones directas y que se ha re-

flejado en la aceptación de la fórmula del cambio a través del Colegio Electoral, explica en parte el fenómeno de la marginación del Congreso, que fue apartado del centro de las decisiones nacionales y relegado a una situación inoperante, al punto de que ni siquiera se consultó su opinión en un asunto fundamental como ha sido la reciente reforma financiera del **plan cruzado**.

También es cierto que la nominación de Sarney por la muerte de Tancredo Neves, ha dejado al PMDB en una situación forzada. Ni Sarney acepta que el PMDB sea el partido de gobierno. Ni éstos aceptan a Sarney como "su presidente".

Este ha ganado sin embargo una batalla importante al trascender toda la autoridad del partido, a través de una campaña populista que lo ha elevado al primer plano del panorama político nacional.

En ese cuadro, el PMDB con una capacidad de maniobra claramente disminuida, se ha lanzado a un juego de complicadas y extrañas alianzas para lograr el triunfo. Como al mismo tiempo de la elección del cuerpo legislativo, deberán renovarse los gobernadores de todos los estados, este complejo juego ha trastornado todos los esquemas políticos. En San Pablo, por ejemplo, un sector importante del PDT, el partido de Brizola, apoya, pese a la oposición de éste, la candidatura del ultraderechista Paulo Maluf como gobernador. En Río de Janeiro el Partido del Frente Liberal en ese estado, acuerda sus votos al PMDB bajo la condición de que el candidato de la alianza sea Moreira Franco, un hombre de la derecha. A esa alianza también agregan sus votos el PTB (Partido Trabalhista Brasileño), el PCE (Partido Comunista) y el PL (Partido Liberal), aunque este último condicionando su apoyo a que le concedan una banca en el Senado.

En Río Grande do Sul, el PDS, de tendencia conservadora aprobó una coalición con sus antiguos enemigos del PDT para apoyar su candidato a gobernador, en trueque de la nominación del vicegobernador y un puesto en la lista del Senado.

En Pernambuco, Miguel Arraes, candidato a gobernador del PMDB y apoyado por el PCB, tendrá también los votos del diputado federal del grupo de Maluf, mientras que Francisco Juliao, líder de las Ligas Campesinas, apoya al candidato de la derecha en cuyas listas postula como diputado.

30 partidos o remedos de partidos saltarán a la competencia en las elecciones del 15 de noviembre. De éstos, muy pocos subsistirán a esta lucha por conseguir una posición por pequeña que sea. El 1º de febrero de 1987, cuando las cámaras con poderes constituyentes sean elegidas, todos estos grupúsculos desaparecerán... hasta las próximas elecciones. Es una crisis de identidad provocada por 21 años de dictadura militar, pero también por un proceso de indefinición ideológica, que está pesando sobre el desarrollo del país.

Un sintoma de la gigantesca confusión desatada en el seno de los partidos, la revela un comentario que oí casualmente durante la convención del PMDB en Río de Janeiro. "La definición de nuestro candidato a gobernador dependerá —afirmaba el convencional— del porcentaje de traiciones que se registren en la votación". No aclaró, sin duda porque temía equivocarse, de qué lado estarían los leales.